

En la Playa

DESDE NEGROS.

Al aparecer la primera sonrisa del alba, salgo para saborear los encantos de este paseo matinal. Monto en el "Moreno" que ya había ensillado el madrugador tío Anton; y en marcha. Aún parpadan las últimas estrellas, que pronto cederán su puesto al sol.

Bordeo la espaciosa hacienda, que como inmensa sábana de verdor se extiende desde el montecillo al mar. El cañaveral, vibrante de frondosidad y lozanía, ondula suavemente al sentir las caricias del terral; produciendo sonidos de blando y apacible murmurio. Las palmeras se desesperan, lánguidas, con pausado y majestoso vaivén. Diríase que el campo, joyante y bravo, exhibe todas sus galas para recibir el primer beso del sol, cuyos rayos doran ya las cumbres gigantes del Canlaon, limpio de nubes.

Llega hasta aquí el canto triunfal de los gallos, anunciando el día; y las pequeñas avecillas saltan y aleatan de rama en rama, gorjeando sin cesar. Duermo todavía el mar, sin olas que desgarran su tersa superficie: sin que la brisa se atreva a rizarlo con su aliento.

¡Hermosa mañana, impregnada de atractivos encantos, de insuperable lirismo, de mística poesía, de goces indefinibles que oxigenan mi cuerpo y mi espíritu; y que aquí estoy paladeando, solo, junto al mar, en el silencio y tranquila soledad de este rinconcito ameno, lejos, muy lejos, por fortuna, del ruido, del bullicio, del vértigo que reina en las grandes urbes!

Dos horas he pasado, rendido, entregado completamente a la contemplación de las bellezas y encantos del amanecer.

Al llegar a casa, de regreso, veo al tío Anton en el jardincito arreglando las flores, tijera en mano.

—¡Hola, tío Anton! ¿Desde cuándo se ha convertido en jardinero? No sabía yo que sus aficiones se extenderían también a las flores.

—Pues ahí verás. Nunca he salido, ni quiera Dios que salga, de la hacienda. Entre las cañas estoy como el pez en el agua. Por la mañana monto en el "moreno", y al campo.

Y entre arados, carros, animales y trabajadores, estoy en mis glorias. Son mis mejores amigos. ¿Ves ese campo de caña, largo, largo, que llega hasta aquel monte lejano? Pues bien: se puede decir que ese es mi pueblo, y mi casa y todo. Hace ya cincuenta años que no salgo de aquí. Y cuando me llamen para el otro barrio, de aquí, allá arriba dice [señalando el cielo.—

—¡Vamos! que aún hay tío Anton para muchos años. ¡Si está V. más fuerte que una roca! Y ese apetito que siempre sigue lo mismo, o quizá aumentando, conforme aumentan los años.

—Eso sí: a salud y apetito me juego con cualquiera. En setenta años no he metido una medicina en mi cuerpo. ¿Para qué? Lo que le digo a Inés: Buen plato, buena chuleta, buen trago, y a trabajar. Es la mejor receta. No hay remedio como sé, ya pueden decir lo que quieran todos los médicos del mundo juntos. Algunas veces se empeña Inés en hacerme comer esas figuritas dulces, que ella sabe hacer como los mismos ángeles. Bueno; por darle gusto las pruebo, pero no me entran. Eso para las mujeres; y también para estos jóvenes de ahora que no parecen hombres, porque no valen tres cuartos. No creas que exagero.

¡Si da vergüenza! A la mañana los llamas al trabajo, y son más perezosos que un carabao dormido. Pues cuando se levantan, ya están con cepillitos, y peines y enjuagues y menjurjes, y qué sé yo cuanta tontería. No me sirve decirles: Pareceis señoritas: buen almuerzo, y buen baño por dentro, y al trabajo: lo demás, pamplinas.—Pero no me hacen caso; y tiene la culpa Inés que es demasiado buena con ellos. Ya le digo que les hable y les reniegue. Como si nó.—Déjelos, tío Anton, me contesta. Demasiado trabajan y sudan los pobres todo el día. Si por la mañana tienen ese gusto de arreglarse, déjelos V., que a nadie ofenden con eso. Ya ve V. lo que son las cosas: a mí me dá gusto verlos así, y me alegra que estén limpios.—Pues bueno: con esas palabras, y con el tónico de compasión que las dice, me desarma; y ya, no sé qué contestarle. Como que algún día voy a peñarme yo también, por darle gusto. No te rías, pues como me llamo Anton, te digo que por dar gusto a Ynés, soy capaz de hacer cualquier disparate.

—Y de seguro que por darle gusto está V. arreglando estas flores.

—Tienes razón: que aún no te he dicho por qué me he metido a jardinero. Como le gustan mucho los flores, quiso tener este jardín, y me dijo que le cuidase yo. Ni una palabra más. Desde entonces, aquí tienes un rato al tío Anton todas las mañanas. Aunque ahora, como se va a marchar a vivir a la hacienda de su esposo... No sé: me parece que se van a secar estas flores de tristeza. Dice que vendrá to-

das las semanas dos veces. Es lo mejor que puede hacer, porque si nó, los trabajadores... Ya verás lo que pasa cuando se despida de ellos. No ha de poder hablarles: he de llorar, y los ha de hacer llorar a todos. Como si lo riera. Lo que es yo, en casa me quedo: no quiero verla despedirse de la gente. ¡Si ayer me hizo a mí también...! en fin, no quiero hablar.

—¿Por qué? Cuéntemelo, tío Anton. ¿Qué le hizo Inés ayer?

—Verás. Estaba yo por la mañana regando estas flores, y de repente viene, y me dice: ¿Cuidará V. del jardín, cuando yo me vaya? ¿Me enviará flores?—Al oírlo, se me puso un nudo aquí en la garganta, que no me dejaba hablar. Ella, al verme triste, se echa sin más ni más a reír. Pero no creas que se reía de veras. ¡Quia! Otra le quedaba dentro. Lo que quería era engañarme, para que no la viera triste. Bueno: se echa a reír como te digo, y de repente vuelve la espalda, y comienza a coger flores. ¿Sabes para qué se volvió? Para que no la viese llorar. Yo la ví inclinada, como cogiendo flores; pero estaba con el pañuelo en los ojos. A mí se me deshacía el corazón, pero me hice fuerza, y le dije: ¡Hola, Inés! ¿Esas tenemos? Con que te reías de mí, porque estaba triste ¡Y ahora lloras tú! No lo niegues: no te ha valido esconderte. ¡Te estoy viendo con estos ojos.—Al decirle esto, viene hacia mí, me echa los brazos, y rompe a llorar de veras ¡sin tapujos, ¡Chico, qué cuadro! Aunque hubiera tenido el corazón más duro que la reja del arado, no era posible resistir. También yo lloré y mucho. No me avergüenzo de decirlo. Ya ves: el tío Anton llorando a los setenta años. Pero, ¿qué iba a hacer, viendo a esa criatura llorar porque se va a separar de mí? Te digo que no sé si podré aguantar sin ella. ¡Si no debía...!

—El almuerzo, tío Anton—grita Inés, apareciendo sonriente en el balcón.—

Y allá vamos los dos a dar cuenta de todo cuanto nos sirvan; pues mi estómago, después del paseo, está exigente; y el del tío Anton...

EL SOLITARIO.

